

Su pequeño

Sergio Corbi



Capítulo 1

El hombre cruzó la puerta con su bebe ensangrentado entre los brazos. Atravesó corriendo el pasillo, dejando tras de sí un rastro del rojo liquido sobre el piso impoluto. Antes de llegar al salón miró de nuevo a su pequeño, el cual le devolvía una mirada severa e imperturbable que jamás habría imaginado contemplar en él.

—¿Qué ha pasado?! — Lucía se aproximaba alterada cuando su marido apareció — ¡Mi niño! ¿Pero qué le han hecho?!

—Le han... le... se ha caído— mientras Javier respondía su mujer le arrebatava el pequeño de entre los brazos.

—El botiquín vamos. ¡Ahora! —

Javier se alejaba de allí con la mirada fija en ninguna parte. La cabeza le daba vueltas mientras la horrible escena de hace un par de minutos se repetía en su mente una y otra vez. No podía ser verdad...

Capítulo 2

Se tomó un momento para respirar, para observar su propio reflejo en el espejo. Era él, y ésta era su vida. Sin embargo, no se sentía como tal.

Agarró lo que había ido a buscar y abandonó el cuarto de aseo con rapidez. En el salón Lucía limpiaba la sangre que circundaba el cuerpo de su pequeño con movimientos nerviosos.

—¿Qué demonios has hecho Javier?!

—Yo...

—¡Hay que llevarlo al hospital!

—No... no es una buena idea.

—¿Pero qué estás diciendo?!

—Solo son... heridas superficiales. No podemos ir al hospital. Ahora no.

Lucía esbozó una fugaz mirada de odio y agarró el botiquín que su marido le había traído.

—Tranquila, cariño. Todo saldrá bien— intentó camuflar el miedo y la incertidumbre en el tono de su voz. Ella, atareada, no respondió.

Javier se acercó para examinar las heridas de su bebe. ¿Superficiales? Eran de todo menos eso. Sin embargo el pequeño se encontraba tranquilo, observando con atención los movimientos de su madre. No lloraba, desde que habían cruzado el portal del edificio que había dejado de hacerlo. Algo no encajaba en todo aquello, y Javier creía conocer el por qué.

Capítulo 3

Cuando Javier salió al balcón cerró al instante la puerta tras de sí. No quería que su mujer escuchase los gritos; no más de lo necesario. Se acercó a la barandilla para observar y... ya no pudo negarlo más.

El torso de aquella obesa mujer era asombrosamente ancho; lo cual no supuso ningún problema para el deformado humanoide. Lo partió en dos, al igual que había hecho con los cuarenta anteriores. La criatura continuó con su búsqueda, y en tan solo un par de sus dilatadas zancadas agarró a un pobre niño que lloraba desamparado sobre el asfalto. No hubo piedad.

Desde el octavo piso, Javier observaba con atención y espantosa incredulidad. El cuerpo de aquel ser parecía haberse alargado de manera antinatural, como quien estira un muñeco de goma. Brazos y piernas extremadamente largos y finos, encajados por un torso de iguales características. Bajo la ropa destrozada se intuía una musculatura inhumana y casi poligonal. Por último estaba su cabeza. Al igual que el resto se encontraba estirada hasta lo imposible, doblándose noventa grados hacia un lado en la parte de la nariz. Aquello era como encajar unas facciones humanas en un macabro boomerang de carne ensangrentada.

Por suerte los demás seres no eran como él. La mayoría eran simples humanos, vecinos y conocidos cuya piel se había escamado. Correteaban convulsos entre alaridos, buscando algo orgánico a lo que destruir.

Capítulo 4

Lucía había observado desde el balcón. Algunas personas, sin razón aparente, se volvían locas. Solo fueron un par de minutos, antes de que su marido llegase y su bebe requiriese toda su atención.

Arañazos. También algunos raspones y moratones, pero sobre todo, arañazos. Una asfixiante y corrosiva ansiedad invadía todo su cuerpo. ¿Qué había pasado? Por el contrario su bebe se encontraba tranquilo, observaba sus movimientos con atención y curiosidad, como el aprendiz que examina a su maestro antes de entrar en acción. No era la mirada de un bebe.

Continuó con su tarea, hasta que los gritos de la calle se acrecentaron de golpe cuando la puerta que daba al balcón se volvió a abrir por un momento.

—¿Qué está pasando, Javier? — preguntó ella, al fin.

Su marido se acercaba con la mirada fija en su pequeño.

—Javier, ¡¿qué ha pasado?! —

Él acercó su rostro hasta el cuerpo del bebe. La expresión de su cara, ya enajenada de por sí, se convirtió en un frío y desencajado reflejo de espectro.

—¡¿Quieres decirme que demonios está pasando?!!

—Tranquila... cariño— miraba hacia ninguna parte — Todo... saldrá bien — una sonrisa torcida se dibujó en su perdido rostro.

—Pero... Ja... ¡Javier! —

—Cuida de nuestro pequeño, ¿vale?— se volvió para abandonar la habitación sin mirar atrás —Tengo que irme... lo siento—